

## PUENTES QUE UNEN

### DE LA HISTORIA DE LAS PROTESTAS SOCIALES AL DIÁLOGO ENTRE LA GENTE COMÚN Y LOS HISTORIADORES

Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky (eds.), 2020.

*Todos estos años de gente. Historia social, protesta y política en América Latina.*

Los Polvorines: Ediciones UNGS. 152 p.

*Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al "obsoleto" tejedor de telar manual, al artesano "utópico" e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott, de la enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, al condenarse sus propias vidas siguen siéndolo.*

Edward P. Thompson

Toda esa gente que vivió fue desconocida víctima de la historia dice el historiador, que nos conmueve cada vez que lo leemos, aspirando –ilusamente para quien suscribe estas líneas– a que esa “gira mágica y misteriosa” que propone su valiosa producción nos inspire. Su sensibilidad y compromiso político e ideológico fungieron sin tensión alguna con su condición de gran historiador. Rescató a esa “gente sin historia”, como supo decir Eric Hobsbawm, que tuvo una “vida histórica”. No llegaron a ser los “exitosos” obreros pero los rescató. Sin descuidar los distintos niveles de análisis, dando cuenta de las rupturas y las continuidades

a lo largo del tiempo y del espacio, transitó por esa Historia Social con vocación de síntesis, como señaló oportunamente Georges Duby.

Ese encuentro posible entre quien escribe sobre historia, su función como intelectual y su compromiso con la realidad social es precisamente lo que vuelven a valorar en su reciente texto Ernesto Bohoslavski y Andrea Andújar. El título del libro ya nos invita a leerlo. Remite a esa inspirada poesía de Luis Alberto Spinetta poblada de gente común. A lo largo de las páginas del libro, hay una constante: reflexionar sobre los vínculos indispensables entre el conocimiento del pasado

y las prácticas sociales de quienes investigan sobre el pasado y quienes desean transformar el presente;<sup>1</sup> recuperar esos hilos invisibles que unen las formas pasadas de protesta con los actuales esfuerzos por crear un mundo mejor, “uno sin opresiones ni explotaciones de ningún tipo” como afirman. Protestas y resistencias de las diversas geografías latinoamericanas, de las que participaron cocaleros y pueblos originarios de Bolivia, homosexuales chilangos, negros de las urbes brasileñas, colectivos de mujeres argentinas con sus distintas formas de acción, los neozapatistas, hasta los ejidatarios de Atenco, aparecen en la luz de la historia. Los autores y autoras que participan de esta convocatoria superaron esa “barrera” de la profesionalización que invitó a despolitizar la actividad historiográfica que se planteaba científica y aséptica. Como refiere Carlos Illades, “ha sido muy cómodo refugiarse en la Babel académica y despolitizar al máximo los objetos de investigación, de manera tal de no entrar en conflicto ni con el poder público ni con quienes detentan el poder académico [...]”.

A través de una serie de interrogantes y disparadores que apuntan a develar la existencia “de cierto hilo rojo que une a diversas generaciones de historiadores y de científicos sociales, separados en el tiempo, pero conectados a la luz de una

misma preocupación por la vida fuera de las aulas, interpelados por las urgencias de la realidad que les ha tocado o les toca transitar”, se recupera esa tradición de historiadores sociales que estuvieron más interesados en formar parte activa y consciente de esa conexión. Los logros no fueron menores porque se pudo poner a disposición de los distintos movimientos estudiados las explicaciones más abarcadoras y complejas sobre su pasado. A su vez, las agendas historiográficas se vieron enriquecidas con renovados problemas, tópicos e interrogantes, que provenían de los activistas y sus prácticas políticas.

Una “tarea y promesa de imaginación histórica” como señala José Antonio Piqueras en su aporte. Propio de su productiva trayectoria y de su condición de codirector de la consagrada revista *Historia Social*, presenta un texto erudito y reflexivo donde recupera la tradición de la *Historia Social* y a esos historiadores –optimistas en medio de un ambiente poco propicio como el de entreguerras– que apelaron a herramientas para comprender y explicar el mundo a partir de lo que alguien había llamado “intrahistoria”, la historia menor que sucedía cada día y pasaba desapercibida en los anales, pero que condicionaba el comportamiento de grandes multitudes. A partir de esos momentos, ese inventario de temas seleccionados por la historia social no cesó de renovarse recuperando esas interrelaciones sociales que muestran lo que James Scott llamaría “formas de resistencia cotidiana” de los dominados silenciosos; esa ubicuidad de la resistencia, según Tom Brass. La historia social vino a ocuparse de las formas cotidianas de vivencias, antes que es-

1 Como se aclara, el punto de partida que llevó a esta publicación fue la mesa “La historia y la protesta en América Latina” que se organizó en el marco del *Segundo Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social* (ALIHS), realizado en la Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo y en la Universidad Nacional de General Sarmiento, en marzo de 2017.

tudiar la vida cotidiana y a recuperar esa dimensión de *"homo ludens"*. La fiesta, la diversión, la confraternidad, la sociabilidad informal, la búsqueda de placer, la comensalidad, la cultura popular, el deporte, los espectáculos, la música y los bailes populares, la erótica y el sexo, los pequeños rituales que expresan el "derecho a la pereza", la historia global del trabajo, hasta la hibridación entre la nueva historia política y la historia cultural, exhiben que la "historia social no es un suburbio en el mapa del conocimiento, de las ciencias de la sociedad".

El mencionado Carlos Illades, en su capítulo titulado "Algunas reflexiones sobre la historia y la protesta social", da cuenta de las múltiples formas de protesta que ha vivido México en los últimos treinta años, así como la supervivencia y la transformación de los diversos repertorios de lucha de organizaciones de maestras y maestros, campesinas y campesinos y estudiantes que legitiman su presencia en la arena pública y demarcan los contornos de sus identidades políticas. Asume el compromiso ciudadano e intelectual del historiador social e invita a preguntarse sobre su relación con los movimientos sociales y la utilidad de estas acciones colectivas para la reflexión histórica. Tal compromiso permitiría –como dice– al historiador indagar acerca de lo que importa a los demás y no únicamente a los colegas, aún más, muchas veces ni siquiera a ellos mismos. Y, con ello, contribuir a "nutrir un debate público con cada vez más ayuno de ideas y coadyuvar a la discusión informada de la opinión pública".

Mirta Lobato, con su contribución titulada "'La miopía de lo visible'. Mujeres,

protesta e historiografía", muestra de qué modo la historia de las mujeres, los estudios de género y las historias feministas irrumpieron en el campo de las ciencias sociales y humanas. Quien ha sido y será un referente de esa *visibilidad* de las mujeres comenta que, de algún modo, se tejió una "hermandad femenina" que utilizó de manera consciente nociones y estrategias que desnaturalizaron y deconstruyeron ideas homogeneizantes y universalizadoras. Las nociones de clase, género, etnia y raza fueron revisitadas una y otra vez para afianzar un movimiento historiográfico que discutió, se enfrentó, dialogó y dislocó algunos de los tópicos más caros de la historia social. Así, la protesta pudo ser revisitada desde una perspectiva descentralizadora: de la historia en masculino a la historia con mujeres, del centro a los márgenes, de la historia del poder y de los poderosos a la historia de los subalternos, de la centralidad geográfica a los múltiples espacios, de los centros urbanos a las áreas rurales y viceversa, de los adultos a las infancias. Inspirada por y en diálogo con reconocidos y reconocidas historiadoras, la producción de Lobato vino a interpelar esa "miopía" de lo visible en el análisis de las movilizaciones y las protestas. Por eso a su pregunta: ¿cómo protestaban las mujeres en el siglo xx? Su respuesta es la de todos juntos contra las diversas formas de explotación para el caso argentino. Como parte de esas historiadoras que promovieron el desplazamiento, el desplazamiento y descentramiento de la historia de los movimientos sociales, entiende –con claridad meridiana– que la forma en la que los historiadores profesionales se vinculan con movimientos y or-

ganizaciones sociales depende de sus propias experiencias e intereses.

“Al final del arcoíris. Sobre los homosexuales como sujetos de interés en la academia mexicana. Legitimidad y apertura de espacios sociales” es el título que nos propone Rodrigo Laguarda. Con un enfoque diferente –pero no por ello menos atractivo–, recorre su propio trayecto profesional a partir de la elección, como su objeto de estudio, de una problemática que estuviera relacionada con su experiencia de vida, como dice: “algo que me apasionara”; en un escenario de movilización y de luchas sociales en el caso mexicano, pero no tan propicio desde el punto de vista académico para arriesgarse con una temática provocadora e innovadora, que transita entre la historia del presente y la antropología urbana. Así se dejó llevar por los enfoques de los *“queer studies”*. Ciertamente, a lo largo de su corto pero intenso derrotero como investigador, se ocupó de un “tema ilegítimo e hijo ilegítimo de dos disciplinas sociales (antropología y la lingüística)” que, si bien le implicaron no pocas dificultades, lo han consolidado sin duda como uno de los referentes en los estudios sobre los movimientos de los homosexuales en Latinoamérica. Se trata, siguiendo su propia experiencia, de una invitación para los y las jóvenes historiadores/as de atreverse con sus intereses a promover rupturas y nuevos enfoques que sigan enriqueciendo el conocimiento de la realidad social.

Silvia Hunold Lara, con su aporte “Historia de la esclavitud, movimientos sociales y políticas públicas contra el racismo en Brasil”, retoma esos hilos que se fueron tejiendo entre la historiografía y la

militancia. Luego de un recorrido por la historiografía y la trayectoria del movimiento negro, explica que, al final de los años setenta y del inicio de los ochenta, se asistió a cambios profundos que promovieron la diversificación de los estudios sobre la esclavitud en Brasil. La familia esclava, las prácticas cotidianas, las costumbres, los enfrentamientos, las resistencias, acomodamientos y solidaridades, modos de ver, vivir, pensar y actuar de los esclavos, las actividades económicas informales, las acciones de las hermandades y otras formas asociativas, las fugas, los grandes quilombos y las insurrecciones fueron temáticas transitadas que dirigieron la comprensión de la resistencia esclava, hallándose múltiples formas de negociación que mediaban entre el cautiverio y la conquista de la libertad –y ciertamente sobre sus distintos significados–. Se cuestionaron las tesis de “transición” y de “sustitución”, los enfoques regionales pusieron en jaque el “paradigma paulista”, mostrando que el “elemento nacional” había sido incorporado al mercado de trabajo en el período posterior a la abolición. Estos cambios historiográficos fueron –tal vez– el producto de las transformaciones importantes operadas a partir del largo y gradual proceso de apertura política, que culminó en grandes movilizaciones sociales como la aparición, en 1978, del Movimiento Negro Unificado contra la Discriminación Racial. En tanto sujetos históricos, se promovió el diálogo entre raza y clase al ser considerados los esclavos trabajadores. Por su parte, la ley sobre la enseñanza de la historia y la cultura afrobrasileña y la política de cuotas raciales implicaron nuevos desa-

fíos para las universidades y su elenco de investigadores/as. Claro está, propio de su compromiso como historiadora, reconoce otro desafío que queda por afrontar al campo de la investigación historiográfica. El hecho de que los negros hayan sido tradicionalmente identificados con la esclavitud ha olvidado y silenciado otra tragedia de nuestro continente: el cautiverio de los indígenas.

Bajo el título “De puentes y precipicios. Una perspectiva sobre los vínculos entre historia/s y movimientos sociales en Bolivia (de 1970 a la actualidad)”, Rossana Barragán Romano aporta reflexiones en torno a las conexiones particulares entre la vida política y la historiografía bolivianas desde la década de los setenta hasta los años del gobierno de Evo Morales. En su recorrido consigue mostrar el modo en que la historia social de su país puso en evidencia el peso de las identidades étnicas y su combinación y superposición con las de clase. En su escrito plantea la efervescencia en torno a la Asamblea Constituyente del año 2005 como la plasmación de una esperanza, una nueva era, una refundación del país que incluiría, esta vez, a los actores antes marginados: indígenas y mujeres. Se buscaban nuevas maneras de “representación” no ancladas en el clásico ciudadano, hombre e individuo y en circunscripciones territoriales, propias de la modernidad política europea. Una de las propuestas de las organizaciones sociales indígenas sugirió la elección de hombres y mujeres (*Chacha warmi* u hombre/mujer) de acuerdo a usos y costumbres que representarían las circunscripciones / territorios étnicos / asociaciones de *ayllus* y comunidades de los pueblos indígenas de

la parte altiplánica boliviana. La similitud entre los nombres de los grupos del siglo XVI y los del siglo XXI expresa un doble fenómeno: por un lado, la visibilización de los actores como pueblos indígenas, sin mención a otras identificaciones laborales, lo que supone un cambio de paradigma: del análisis de clase con su sujeto privilegiado, el del proletario, al de la “etnia” y pueblo indígena, con su sujeto privilegiado, el indio. A su vez, la apropiación de parte de esos grupos indígenas y campesinos de los resultados de algunas investigaciones académicas ayudó a recrear su identificación y luchas en esa cartografía particular. Allí se tendió el puente entre los movimientos sociales que influyeron e inspiraron a la academia y los resultados de las investigaciones que fueron reapropiados por los movimientos sociales. Las oposiciones étnicas, geográficas y poblacionales, las oposiciones entre centralismo y regionalismo encubren también proyectos económicos y políticos en pugna bajo términos y lenguajes raciales, se hacen visibles gracias a esos puentes.

Gabo Ferro supo decir: “Apuremos los fuegos. Hay tanto que cantar cuando abrimos los brazos y tan poco cuando los encerramos [...] Soltarse de lo dolido y lo que duela. Es tiempo de confianza y de alegría”. La confianza y alegría, en medio de tiempos difíciles de pandemia, que nos da leer este libro, pues como lo expresa notablemente Piqueras: “La historia social no es un suburbio en el mapa del conocimiento, de las ciencias de la sociedad. La historia social es la gran ciudad, con su corazón dividido entre la *city* de negocios y las zonas de consumo, sus áreas populares y las residenciales, sus barrios

gentrificados y los suburbios desiguales entre sí. Una ciudad luminosa con áreas que pertenecen al reino de la penumbra, sus calles transitadas, vitales, contagiosas

del ritmo de vida, y las veredas que son un peligro para caminantes. Aparte de la propia vida, no puede haber algo que nos guste más”.

*Lucía Lionetti*

Universidad Nacional del Centro